

9⁴-55

SERMÓN

PREDICADO EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MÁLAGA

EL DÍA 19 DE AGOSTO DE 1897,

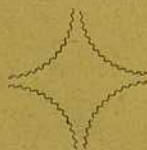
ANIVERSARIO DE LA RECONQUISTA DE DICHA CIUDAD,

POR

DON MIGUEL BOLEA Y SINTAS,

Canónigo Doctoral de dicha Santa Iglesia, Prelado doméstico de Su
Santidad, Abogado de los Ilustres Colegios de Málaga y
Almería, Condecorado con la Cruz de 2.^a clase de
la Orden Civil de Beneficencia, &

(CON LICENCIA ECLESIASTICA)



MÁLAGA—1899

Tip. de la Vda. é Hijos de J. Giral
CISTER, II SEGUNDO

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C

Estante: 002

Numero: 060 (5)



0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
2

R. 29198

SERMÓN

PREDICADO EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MÁLAGA

EL DÍA 19 DE AGOSTO DE 1897,

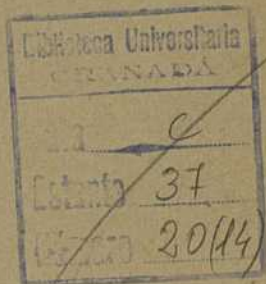
ANIVERSARIO DE LA RECONQUISTA DE DICHA CIUDAD,

POR

D. MIGUEL BOLEA Y SINTAS,

Canónigo Doctoral de dicha Santa Iglesia, Prelado do-
méstico de Su Santidad, Abogado de los Ilustres
Colegios de Málaga y Almería, Conde-
corado con la Cruz de 2.^a clase de la
Orden Civil de Beneficencia, &

CON LICENCIA ECLESIASTICA)



MÁLAGA—1899

Tip. de la Vda. é Hijos de J. Giral

CISTER. II SEGUNDO

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C
Estante: 002
Número: 060 (5)

R. 29198

SERMÓN

PREDICADO EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MÁLAGA

EL DÍA 19 DE AGOSTO DE 1897,

ANIVERSARIO DE LA RECONQUISTA DE DICHA CIUDAD,

POR

D. MIGUEL BOLEA Y SINTAS,

Canónigo Doctoral de dicha Santa Iglesia, Prelado do-
méstico de Su Santidad, Abogado de los Ilustres
Colegios de Málaga y Almería, Conde-
corado con la Cruz de 2.ª clase de la
Orden Civil de Beneficencia, &

CON LICENCIA ECLESIASTICA)



MÁLAGA—1899

Tip. de la Vda. é Hijos de J. Giral

CISTER. II SEGUNDO

SERMÓN

PREDICADO POR

DON MIGUEL BOLEA Y SINTAS

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MÁLAGA,

EL DÍA 19 DE AGOSTO DE 1897,

ANIVERSARIO DE LA RECONQUISTA DE DICHA CIUDAD

Hæc est victoria que vicit mundum:
Fides nostra. Ep. I. Joan V. 4.

Esta es la enseña con que nosotros he-
mos vencido al mundo: nuestra Fé. Ep. I
de San Juan, cap. V. vers. 4.

EXCMO. É ILTMO. SR.:

Dos dificultades de gran monta tiene que superar el orador sagrado que, como yo pretendo hoy, quiere colocar un ramo de pensamientos sobre los altares de la Iglesia y de la patria: Es la primera, mis amados hermanos, esa filosofía sensualista que, alucinada con el esplendor de la palabra y fascinada por no sé que perfectibilidad indefinida de la sociedad, sueña con que puede llegar un tiempo en el mundo, en que la guerra solo se conozca como un recuerdo de los tiempos bárbaros, consignado en los libros de la historia; y, valiéndose del horror que las calamidades que acompa-

ñan á la guerra inspiran, prorrumpen en apasionadas y amargas censuras contra la Iglesia porque guarda alabanzas para los héroes de la milicia y bendiciones para las armas de los soldados y para las banderas de su regimiento.

Es verdad que esta filosofía solo tiene sus apóstoles entre aquellos á quienes un sentimentalismo exagerado ofusea, y sus adeptos entre una parte del pueblo que, siempre noble y generoso, escuchará con simpatía lo que se le presente como beneficioso para la humanidad, viendo en lontananza un día en que la guerra no venga á asolar sus cosechas, á talar sus campos, á destruir su fortuna, á consumir sus tesoros y á derramar la sangre de sus hijos. ¡Hermosa idea; consoladora esperanza, si pudiera ser algo más que una ilusión!

Los que investigan el fondo de la naturaleza humana, los que se detienen á estudiar los acontecimientos de la historia comprenden fácilmente que es la guerra una calamidad inevitable, que tendrá que ir siempre unida á las sociedades hasta que desaparezcan de la tierra; como irán siempre persiguiendo al hombre los delitos hasta que baje á la tumba. Comprenden que la guerra no desaparecerá nunca de las sociedades, como los tribunales de justicia no desaparecerán jamás de entre los hombres.

La Iglesia ha hecho más de lo que humanamente podía esperarse para disminuir las guerras; ha procurado generalizar el derecho de gentes, dando á conocer un derecho que está por encima de todas las naciones, como el derecho civil está por encima de todos los ciudadanos; ha suavizado el carácter sanguinario y cruel de la guerra y maldice al soldado que hace de sus armas instrumento de la muerte del enemigo que se rinde, ó que pide misericordia. Tiene alabanzas, es verdad, para los héroes que vierten su sangre en el campo de batalla; pero en defensa de la justicia y del derecho.

Tiene bendiciones, es cierto, para las armas y para las banderas, pero solo para recordar á los soldados que en ellas deben defender la integridad, el derecho y la honra de la patria. Porque, aunque la Iglesia considera siempre y en todo caso la guerra como una calamidad, nos ha dicho por San Agustín que la guerra en las sociedades puede ser tan justa como es justo el derecho de defensa; nos ha dicho por Tertuliano que el soldado lleva su cuerpo revestido de hierro y su alma debe ir revestida de la Fé; nos ha dicho por nuestro Donoso Cortés que el soldado es el sacerdote de la patria, que para ella vive, por ella vierte su sangre, por ella sacrifica su vida; y si la Iglesia se nos muestra entusiasmada entonando himnos por la victoria, se nos presenta mas alegre cuando canta un *Te Deum* por la paz.

Pero desgraciadamente son muchos los que, alucinados por las dulzuras de esta, solo tienen ódio y maldiciones para la guerra, sin pensar que muchas veces es hija de la justicia, sostenedora del derecho y amparo de los oprimidos; y ved porque he tenido yo que detenerme en este punto, que al ménos para los que de esa manera piensan ha de hacer poco simpática mi misión en este día.

Pero os decía, que hay otra dificultad que ciertamente no es menor, y consiste en la grande tristeza que mis palabras han de producir en todos los corazones sinceramente españoles. Yo vengo á ocupar hoy esta Santa Catedral mandado por aquel insigne varón D. Pedro de Toledo, que fué el que en sus manos, tal día como ayer á las tres de la tarde, mostró, desde las altas torres de Gibralfaro, el signo glorioso de nuestra redención, el lábaro de la Cruz, á cuya presencia inclinaron la cabeza, doblaron la rodilla, vertieron lágrimas de gratitud y cantaron alabanzas al Señor aquellos Reyes á quienes jamás envaneció la fortuna, aquellos magnates que solo se acordaban de su gran-

deza para acometer las más heróicas empresas, aquellos soldados que estimaban más que su vida la gloria de su Dios y la honra de su patria.

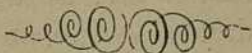
Yo debo hoy hablar de su grandeza para que brille á través de todas las generaciones y que todos los sábios le presten sus homenajes, todos los lábios canten sus alabanzas y todos los corazones le rindan su entusiasmo. ¡Ah! decidme, mis amados hermanos, al recordar hoy, en medio de nuestras desgracias y de nuestros infortunios, la grandeza y la gloria que nos legaron nuestros mayores y que nosotros ya no tenemos ¿no es verdad que viene á nuestra imaginación el recuerdo de aquellos desventurados judíos que, cautivos en Babilonia, cantaban la grandeza y la hermosura de su ciudad y de su templo perdidos, no al sonido de sus laudes, pendientes entonces de los sauces, sino al compás de las lágrimas que corrían de sus ojos y de los gemidos que brotaban de su corazón? ¿no es verdad que, al recordar con dolor nuestras grandezas, nos parece que podrá decir de nosotros la historia como aquella Sultana de Granada á su hijo Boabdil: «se reunían en los templos á llorar, como débiles mujeres, lo que no habían sabido conservar como hombres?»

Ved porque, habiendo tomado á mi cargo hablaros hoy de la Reconquista gloriosa de esta Ciudad, del valor y de la nobleza de nuestros padres, del auxilio que siempre la Divina Providencia les dispensára, me ha parecido oportuno presentaros la causa, el origen de todas esas glorias; porque de esa manera, al contemplarlas comprenderemos porque no las tenemos nosotros; que si nuestros padres fueron grandes, conquistaron esta Ciudad y vencieron al mundo porque llevaban como enseña la Fé, nosotros, porque la despreciamos y la hemos desterrado de nuestro pecho, somos burlados de todas las naciones; y que solo á la Fé de nuestros padres pudo otorgar el Cielo premio tan

grande como el de darles, para ellos y para nosotros, esta Ciudad, tan hermosa que el sol no se atreve á ponerse en su presencia sin vestir sus mas brillantes resplandores, el cielo no la mira sin cubrirse con sus colores mas puros, el mar no la contempla sinó á través de sus hondas mas cristalinas como si se complaciera en abrazar la hermosa imágen que en su fondo se refleja, los montes no pueden aproximarse á ella sin ofrecerle sus más delicados frutos y los valles la rodean para coronarla con sus más hermosas flores. La Fé fué la que alcanzó á nuestros mayores toda su gloria y su grandeza; la Fé es la única que puede devolvernos á nosotros la grandeza y la gloria que hemos perdido. Demostraros esto será el objeto de mi discurso.

Señor; Tú que purificaste los lábios de tu siervo con el fuego del altar y moviste la lengua de los Profetas para que instruyesen á tu pueblo; ilumina mi entendimiento, guía mi lengua, inspírame palabras de verdad y de amor cuando voy á cantar las glorias de tu Fé. Escucha mi súplica ¡Oh Dios mio! y si, miserable pecador, no soy digno de que mi ruego llegue á tu Excelso Trono, ve que te lo presento por tu Madre y Madre nuestra amantísima; á la que todos saludaremos reverentes con el Arcángel.

AVE MARÍA



HÆC EST VICTORIA &

Ip. I. Joan. Cap. V. vers. 4.

¡Qué hermosa es la Fé, Excmo. Sr.! Luz divina que descende del Cielo á nuestro pecho, ilumina nuestra alma, alienta nuestro espíritu é inflama nuestro corazón. Que abre los ojos de la inteligencia para que comprendamos todas las verdades que los misterios del mundo nos ocultan; alienta nuestro espíritu con la esperanza de una grandeza que se eleva sobre todas las grandezas terrenales; mueve é inclina nuestro corazón al amor de una justicia y una verdad, de las que la justicia y la verdad de los hombres solo son débiles reflejos. ¡Qué hermosa es la Fé! diríase que el hombre que tiene Fé, se halla en la tierra rodeado de una aureola divina, y que todas sus aspiraciones, atravesando por todas las miserias de la vida y por todas las grandezas humanas, tienden á una grandeza que tiene su base en la tierra; pero que con su cúspide toca al Cielo. Pudiera decirse que es la Fé la que ciñe las sienes del hombre con su corona real y la que coloca en sus manos el cetro de su soberanía sobre todas las criaturas. Y es más hermosa todavía cuando la consideramos en los pueblos: ella auna todas las aspiraciones de los ciudadanos, destruye todas las discordias, penetra en todos los corazones elevando los sentimientos y las vir-



tudes, siembra en nuestras almas el conocimiento de la justicia y del poder de Dios que, como nos ha dicho el libro de la Sabiduría, es el principio de la inmortalidad.

¡Hermosa es indudablemente la civilización de los pueblos! Como que no es más que la acción de Dios acabando y perfeccionando la obra de la creación por la mano del hombre. La civilización es la que coloca la naturaleza entera bajo nuestro imperio encadenada con las leyes de nuestro saber: ella arranca de las montañas los mármoles y jaspes para hermohear nuestra morada y de las entrañas de la tierra saca el oro, la plata, los otros metales y las piedras preciosas para adornarla; y hace producir á los campos más delicados frutos, no solo para el alimento, sino tambien para el deleite de la humanidad; y arranca á las fieras sus más hermosas pieles y á las aves sus más vistosas plumas para vestir y adornar al hombre; y sorprende los más impenetrables secretos de la naturaleza para poner á nuestra disposición las fuerzas con que Dios ha encadenado los cuerpos celestes en el espacio, la luz con que ha adornado los astros, el fuego que con su calor dá la vida, para que de esta manera se extienda nuestro imperio á todos los espacios y á todas las criaturas. ¡Hermosa es indudablemente la civilización que viene á dar á los pueblos grandeza, esplendor, riqueza, hermosura, placeres! Pero es la Fé más hermosa porque es la que viene á dar la cultura del alma; la que dá elevación á los sentimientos, grandeza á las virtudes, paz, orden y justicia á la sociedad. Es más hermosa la Fé porque puede existir aunque la civilización desaparezca; y esta, cuando la Fé no existe, no puede ser completa ni puede ser estable. La civilización sin fé es como el sol que, en medio de sus brillantes resplandores, tiene cubierto su disco de oscuras manchas; es como las aguas del torrente que pasan magestuosas y rápidas

dejando á su paso la desolación y el espanto; porque la civilización sin Fé parece que no tiene otro objeto, que no tiene otro destino que labrar los instrumentos de su propia destrucción y ruina. La civilización sin Fé hará acaso los pueblos mas esplendorosos; pero presenta su esplendor afeado por una injusticia que escandaliza; por una pobreza que espanta, creciendo la pobreza y la injusticia en la proporción que van aumentando su grandeza y esplendor; porque solo la Fé con el temor de Dios que tiene siempre iluminado en la conciencia humana, con el fuego de la caridad con que inflama el corazón del hombre, puede desterrar aquella lepra social. La civilización sin la Fé hace á los pueblos interesados, egoistas, afeminados y cobardes; la Fé, aún sin la civilización, es la única que puede hacerlos nobles, generosos, valientes y heróicos.

Esto, Excmo. Sr., nos lo dice no solamente la Fé, lo está publicando tambien la historia al mostrarnos, como en extenso mapa, la justicia providencial que rige los destinos de los pueblos en su obscura marcha á través de los siglos. Recorred, mis amados hermanos, las páginas de la historia y en ellas encontrareis á cada paso pueblos que arrebatan la admiración por su riqueza, por su sabiduría, ó por su valor; pero sino han sido iluminados por la Fé, vereis su grandeza manchada por las miserias que producen todas las pasiones. Babilonia os mostrará sus maravillosas murallas, sus deliciosos jardines, sus fastuosos palacios, su lujo deslumbrador y lo vereis todo rodeado de un pueblo degradado y envilecido que vive en la miseria al lado de los mas espléndidos festines. Grecia pondrá á vuestra vista sábios que llenan de asombro al mundo con su saber; pero al lado de ellos, que son en corto número, vereis un pueblo numeroso sumido en la más estúpida ignorancia, diferenciándose apenas de los párias y de los ilotas y sin encontrar quien descienda á ilustrar su en-

tendimiento. Roma, la soberbia Roma, os presentará sus legiones victoriosas recorriendo y dominando todo el mundo, y al día siguiente vereis á esos mismos guerreros entregados á la crápula y la orgía, mientras que los bárbaros están llamando á las puertas de su ciudad. No cabe pues dudar, la civilización sin la Fé solo eleva á los pueblos á una falsa grandeza que muy pronto desaparece, pues despierta en los corazones la ambición, la codicia, el hambre de placeres que solo la Fé puede dominar.

Y ¿qué necesidad tenemos, para demostrar esto, de ir á buscar ejemplos en antiguas y estrañas historias, cuando nos lo está diciendo en todas sus páginas la de nuestra patria? Nosotros nos envanecemos de su grandeza, que no pueden menos de reconocer y admirar las mismas naciones extranjeras; pues ¿sabéis á lo que debe toda su grandeza nuestra patria? á su Fé; suprimid lo que la Fé ha hecho en nuestra historia y solo encontrareis tribulaciones y desastres. ¿Sabeis cuando nuestro pueblo ha sido grande? solo cuando ha abrigado la Fé en su corazón. Elevad por un momento vuestra consideración sobre ese espacio de tiempo que ocupa en la historia nuestro pueblo y ved como en todo él se elevan, como se levantan las montañas en la llanura, la santidad, el talento, el valor, la gloria, que se encuentran encadenados unos con otros, como estan encadenadas las montañas, como si Dios en sus eternos designios tuviera decidido no dejar jamás á nuestra nación de su mano. ¿Cual, decidme, cual es la causa de toda esa grandeza? Su Fé, solo su Fé. ¿No lo creéis? ¿Dudáis acaso? Pues examinad todas esas páginas escritas con letras de oro y vereis como todas ellas aparecen iluminadas por la luz de la Fé. Contemplad los días de luto y consternación porque nuestro pueblo ha pasado y vereis como la Fé había huido de los corazones y su brillante luz se había extinguido; y tendreis que convenir

connmigo en que la Fé y solo la Fé cristiana fué la causa de todas nuestras glorias.

La Fé fué la que dió á nuestro pueblo sábios que han arrebatado la admiración del mundo; filósofos que han envidiado todas las naciones; poetas que parecía habían arrancado su lira á los mismos Angeles; músicos que pudiera creerse habían recibido sus lecciones en la Gloria; moralistas que habían escudriñado hasta los más secretos arcanos de la conciencia; jurisconsultos que parecía haber contemplado la eterna justicia; teólogos que pudiera decirse, sino fuera escandaloso, que habían mirado cara á cara la misma Esencia Divina. La Fé ha sido la que nos ha dado á los españoles lo más grande que se ha conocido en la tierra en ciencias, en letras y en artes, á tal punto, que no hay exageración en afirmar que nuestros mejores filósofos, nuestros más imparciales historiadores, nuestros más inspirados poetas, nuestros más ingeniosos artistas han sido siempre los que más inspirados estuvieron por la luz de la Fé.

Pero en donde el influjo que esta ha ejercido en la grandeza de los españoles se muestra de una manera mas patente, es en las armas. Un día, cuando el cristianismo se veía perseguido y era objeto de ódio y de desprecio para el mundo el lábaro santo de la Cruz, cuentan que apareció en el Cielo su imágen con una inscripción que decía al Emperador, que al frente de los ejércitos se preparaba para la batalla, *hoc signo vinces*; con esta señal vencerás; pues no parece sino que para las armas españolas escribía San Juan las palabras que he tomado como tema de mi discurso: «Esta es la enseña con que venceréis al mundo: vuestra Fé.» ¡De que manera tan patente se han cumplido esas palabras en nuestra historia! Cuando la Fé ha alentado nuestros pechos, nosotros, pocos en número, desprovistos de armas y de recursos, jamás hemos retrocedido ante el peligro y siempre hemos arrollado á

nuestros adversarios; pero, cuando la Fé se ha extinguido en nuestros corazones, no hemos sabido defendernos como soldados, ni aún como hombres, sino que hemos huido vergonzosamente, ó hemos sido subyugados como débiles mujeres. Si un día Muza y Tarik, capitaneando los hijos del desierto, invadieron nuestro suelo y en menos de dos años se apoderaron de nuestra patria y oprimieron con dura y bárbara servidumbre á los españoles, culpa fué de estos que, olvidando su Fé, se habían entregado á los placeres y á los deleites y se habían hecho esclavos de las pasiones: preguntádselo á la historia: si despues los ejércitos cristianos son derrotados vergonzosamente en Valdejunquera y en Gormaz, aniquilados con mengua en Zalaea y en Uclés y puestos ignominiosamente en fuga en Alarcos, culpa fué de los españoles que, olvidando su Fé, solo daban cabida en su pecho á la ambición, á la envidia y al egoismo; preguntádselo á la historia.

Cuando los españoles abrigaban la Fé en su corazón, cuando la Fé era la que iluminaba su vida, la que movía su voluntad, la que regía sus acciones, entonces, entonces los españoles no contaban el número de los enemigos que invadían su patria, no se detenían por la falta de armas, ni lloraban porque la guerra consumiera su hacienda; entonces no hubieran encontrado obstáculo en la extensión de los mares, ni en las numerosas escuadras enemigas para defender su territorio, ó vengar la injuria que á la patria se había inferido. Si la Fé no hubiera alentado á nuestros padres, si hubieran contado y medido el número y la pujanza de sus adversarios, nuestra patria gemiría todavía bajo el yugo ominoso de los mahometanos. La Fé; solo la Fé llevó á nuestros padres á luchar con los valerosos Ommiadas y solo por la Fé los vencieron y derrotaron en Clavijo y en Alange, en Caltañazor y en Simancas, en Mérida y en Talavera. La Fé, solo la Fé condujo á

nuestros mayores á pelear con las ordenadas huestes de los Almoravides, y solo la Fé les dió alientos para vencerles en Toledo, Calatrava y Sepúlveda. La Fé, solo la Fé impulsó á nuestros antecesores á pelear con los fanáticos Almohades y con los fieros Benimerines y solo la Fé les dió contra ellos la victoria en Córdoba y en Sevilla, en las Navas, en Tarifa y en el Salado. La Fé, solo la Fé pudo suscitar entre nuestros mayores, para oponerlos á Abderrahman, á Ben-Yacub, á Aben-Jucef y á Almanzor, reyes como Alfonso el Católico y Alfonso el Batallador, Alfonso VII y Alfonso VIII, Jáime el Conquistador y Fernando III, y soldados como Bernardo del Carpio y el Cid y Fernán-González, y Guzmán el Bueno y Gonzalo de Córdoba y tantos y tantos otros como brillan en el Cielo esplendoroso de nuestra historia.

Pero, ¿á qué molestaros tampoco con estos recuerdos? ¿Por ventura no fué la misma Fé la que dió á vuestros padres esta Ciudad? ¿No fué su Fé quien los trajo á conquistarla? ¿No fué su Fé quien los detuvo en su asedio apesar de la fiereza de los defensores, de los estragos del hambre y del espanto de la epidemia? ¿Cuál es el malagueño que esto ignora? ¿hay alguno que lo dude? Pues preguntádselo á vuestra historia; más ¿qué digo? preguntadlo á las Iglesias que se levantan en el recinto de vuestra Ciudad; preguntadlo á las piedras que ruedan por vuestras calles; preguntadlo á la tierra que pisan vuestros piés, que está mezclada con las cenizas de vuestros padres y amasada con la sangre de vuestros abuelos y todos os dirán que aquellos Reyes, que dejaron testimonios de su piedad en la Caridad, en San Sebastian, en San Lázaro y otros muchos monumentos, traían consigo para alentar su esperanza aquella hermosa imágen que os recuerda esta historia, llamándose de los Reyes, y aquella otra, que hoy no aparece en este sitio, pero que tiene destinado

un altar en el corazón de cada malagueño, llamándose: de la VICTORIA; ellos os dirán que á todos los antiguos monumentos de Fé y devoción van unidos los nombres de Gutierre Gómez de Fuensalida, de Francisco Ramírez de Orena, de Diego Fernández de Hinestrosa y otros muchos insignes varones que conquistaron esta Ciudad; ellos os dirán que aquellos humildes soldados, cuyos nombres no refiere la historia, dejaron aquí monumentos que hablarán de su Fé á las generaciones venideras, en la Cruz de San Cristóbal, en la ermita de Santa Brígida y la Cruz de Zamarrilla.

Sí, la Fé era la que alentaba á nuestros padres, la Fé era la que los guiaba, la Fé la que los coronaba de gloria; y no tiene razón el indiferentismo religioso para dudar de esta afirmación, nó; no puede nunca sonreír la impiedad porque nosotros digamos que Dios premió la Fé de nuestros padres, concediéndoles la victoria; nosotros lo creemos así, nosotros, como cristianos, creemos que solo á su Fé debieron los inmarcesibles laureles que recogieron desde Covadonga hasta Granada; y lo creemos, no tanto porque ellos nos lo han dicho, levantando, al fin de su gloriosa y secular jornada, un monumento que con su nombre dice á todas las generaciones que aquella fué la enseña que los guió en sus victorias, y dejaban clavada frente al último baluarte que arrebataban al enemigo: SANTA FÉ; (1) sino porque sabemos que Dios vence sin lanza y sin espada y que no es la victoria de los ejércitos numerosos, sino de aquellos á quien Dios se la concede; pero si tuvieramos la desgracia de dudar de esa verdad, si creyeramos que la Providencia de Dios era agena al suceso de las batallas, todavía podríamos decir sin temor á que nos desmintieran; «Esta es la enseña con que nuestros padres vencieron al mundo: nuestra Fé;» porque la Fé,

(1) Ciudad fundada por los Reyes Católicos junto á Granada.

mostrándoles una vida futura de bienaventuranza, les inspiraba el desprecio de su hacienda y de su vida, y les daba valor para arrostrar los peligros y hasta la misma muerte; porque su Fé, inflamando su corazón en la Caridad, les hacia olvidar sus rencillas y desavenencias, haciendo de todas las voluntades una sola voluntad, que era poderosa; de todos los corazones un solo corazón, que era invencible; de todos los españoles un solo español, que era un héroe. ¡Ah! que lección tan hermosa para nuestros días, la de aquel Duque de Medina-Sidonia, que, sabiendo que el Marqués de Cádiz se hallaba próximo á sucumbir, sitiado de los moros en Alhama, acude con todas sus huestes para salvar la honra y la vida del que era su mortal enemigo! ¡Qué lección tan digna de imitarse en todo tiempo; tan necesaria en nuestros días, la de aquel digno descendiente de Guzmán el Bueno, que, sabiendo en Cádiz que el sitio de Málaga se iba á levantar por falta de víveres y de dinero, empeña sus estados y se presenta en este puerto trayendo cien barcos cargados de víveres para los soldados y veinte mil doblas de oro para los Reyes; para aquellos mismos Reyes á quienes él no había acompañado en la campaña, porque andaba enojado con ellos. Sí, mis amados, la Fé era la que guiaba y daba aliento á nuestros mayores; la Fé era la enseña con que luchaban en todas las batallas y con ella alcanzaron todas sus victorias.

La Fé, nos había dicho el Señor, traslada los montes de un lugar á otro; es como el grano de mostaza, la más pequeña de todas las semillas, pero cuando se fecunda, crece y crece tanto que llega á ser como el mas grande de todos los arbustos; y no nos presenta la historia pueblo alguno en que se hayan visto cumplidas estas palabras, como se han cumplido en nuestra patria; en ella hemos visto á la Fé trasladar los montes del falso profeta Mahoma á la otra parte de los



mares; hemos visto á la Fé brotar en un pueblo pequeño y fecundizada extenderse por la mayor parte del mundo conocido. ¿Lo dudáis acaso? pues, oid: Un día huestes agarenas invadieron nuestro suelo; desde Tarifa hasta los Pirineos, no quedó un palmo de terreno para los pobres españoles; esclavos del invasor, despojados de sus hogares, derribadas sus Iglesias, solo podían vivir á costa de crecidísimos tributos, alimentándose con pan amasado con sus propias lágrimas. Unos cuantos españoles huyeron á refugiarse en las montañas de Astúrias; allí, entre unas abruptas peñas, sus palacios eran miserables chozas, su único templo una gruta en la montaña: Covadonga; aquel corto número de familias constituían entonces la monarquía, la religión y la patria españolas. Allí, la desgracia purificó su espíritu, la pobreza mató su sensualismo, la austeridad dominó sus pasiones y la Fé brotó de su pecho fecundada por el arrepentimiento; y alentados aquel puñado de españoles por la Fé, crecieron tanto, tanto que nueve siglos despues no fué bastante para ellos el mundo conocido y arrancaron al mar un nuevo mundo, y formaron tan vasto imperio, que el vasto imperio romano quedaba reducido á una de sus provincias, y de esta manera, aquel pueblo, el más pequeño de todos los pueblos, llegó á ocupar las tres cuartas partes del globo de la tierra.

Oid más; un día se presentó á aquella Reina, de cuya Fé y piedad tantas pruebas tiene España y no pocas esta Ciudad, un aventurero que venía seguido de la fama de loco y acompañado del desprecio de todas las naciones y de las burlas de muchos sábios: proponía á la Reina guíar sus naves por Occidente para arribar á la parte Occidental de la India, á donde las expediciones de los europeos jamás habían llegado: ningún monarca que no fuera la Reina Isabel, habría aceptado tan extraordinaria empresa; apenas se había terminado

la guerra de Granada, los tesoros estaban exhaustos, cansados los pueblos; había que subyugar á los moros vencidos; no parecía prudente, ni aún hoy lo pareció, acometer empresa tan aventurada; la opinión de muchos sábios la resistía, y las naciones extranjeras estaban al acecho para saludar con sus burlas el primer fracaso. Pero la Reina tenía Fé en su corazón y la caridad la impulsaba á llevar la luz del Evangelio á los que yacían en las tinieblas del paganismo, y venció todas las dificultades y vendió sus alhajas para armar las carabelas que, por mares desconocidos, dirigió Colón, y Dios premió aquella Fé que tenía tan pocos fundamentos humanos; la Reina moría alabando á Dios, porque le había concedido dominar una parte de la Indía; y para que las generaciones venideras no dudáramos que Dios nos dá siempre ciento por uno, poco despues publicaba Vasco de Gama que Dios había premiado la Fé de la Reina Católica, no con el imperio de un rincón de la Indía, sino con el imperio de un nuevo y extenso mundo.

Escuchad todavía: una revolución espantosa conmovió la Europa al finalizar el pasado siglo; las naciones todas contemplaron llenas de asombro y temor las masas que se levantaban frenéticas y rompían un trono y hacían rodar en el cadalso las cabezas de los reyes; en medio de aquella efervescencia revolucionaria se levantó un soldado de fortuna que ciñó su frente con la corona del imperio, y poco á poco iba apoderándose de los tronos de los atónitos y vencidos Reyes de Europa. Tocó el turno á nuestra patria, objeto predilecto de su ambición, y, mintiendo amistad, introdujo en ella sus ejércitos; y con falsía llevó los nuestros á tierras extrañas y los puso á las órdenes de sus generales; y con traición se fué apoderando de nuestras plazas fuertes; y con engaños llevó prisioneros á nuestros Reyes. ¿Qué podía entonces hacer el pueblo español?

Humanamente considerado, nada: si nuestros padres hubieran reflexionado como hoy reflexionamos, hubieran visto que no tenían jefes, ni soldados, ni armas, ni dinero; que el ejército enemigo, vencedor en mil combates, estaba apoderado de la patria y que las naciones de Europa todas besaban humildemente las manos al usurpador; pero nuestros padres tenían Fé en su corazón, estimaban en más su patria y su honra que su hacienda y que su vida, y se lanzaron á la guerra, dejando el arado para empuñar las armas, y aquellos combatientes improvisados, movidos á la voz lanzada por el Alcalde de un lugar de cuatro casas, que dirigió su proclama á toda España antes que lo hiciera la Junta de Astúrias, declarando, con espanto de todas las naciones de Europa y con asombro de todo el mundo, la guerra al Emperador de los franceses; aquellos combatientes bisoños alentados por los gritos de sus mismas madres que, al estrecharlos entre sus brazos, les gritaban, según la frase de uno de nuestros mejores poetas:

Lánzate á la lucha y..... muere;
Tu madre te vengará.

Aquellos combatientes, que no contaban con otras armas que con el valor y el corage que les inspiraba su Fé, supieron hacer morder el polvo á aquellas numerosas legiones que se presentaban coronadas con los laureles que habían recogido en Jena, en Marengo y en Austerlitz; y supieron preparar al usurpador el camino de Santa Elena.

Perdonadme, mis amados hermanos, que os moleste tanto; pero..... ¡presta tan dulce consuelo el recuerdo de nuestras glorias al alma atribulada, que quisiera no acabar nunca de contar nuestras grandezas pasadas, para evitar el dolor que lleva á nuestra alma la contemplación de nuestro presente infortunio! Hemos per-

didó la Fé que nos legaron nuestros mayores y con ella hemos sido despojados de sus glorias, y cuando yo contemplo nuestra sociedad, víctima de la ambición que arruina nuestra patria; presa del lujo que arruina nuestras familias; esclava del egoismo y de la sensualidad que hacen mezquinos y afeminados á los individuos; cuando veo de que manera hemos convertido nuestra administración en granjería, nuestra política en una especulación, nuestros hogares en moradas de donde han huído los dulces y tiernos sentimientos de la familia; cuando escucho que la pasión política separa á nuestros hombres de gobierno, sin que sea bastante á unirlos el temor ni el peligro de la patria; cuando leo que los ódios políticos van sembrando el desprecio y desterrando el respeto de las clases populares á toda institución, á toda persona, armando así el puñal homicida ó el plomo asesino, para hacer rodar al sepulcro las mas grandes personalidades del Estado, las glorias más caras de la patria, llenando á esta de consternación por el crimen, de espanto por la incertidumbre del porvenir; cuando sé que los españoles son objeto de ódio y de desprecio, allá en tierras lejanas donde al verlos por primera vez los consideraron como dioses; cuando oigo que los hijos de España cuentan el número y ponderan el poder de las escuadras de sus enemigos en la guerra, los millones que puede perder el comercio, los brazos que se arrebatarán á la agricultura, las madres que perderán sus hijos, los soldados que morirán en la campaña y no piensan jamás en la injuria que se ha inferido á nuestra patria, ni en la afrenta con que se ha manchado nuestra honra; cuando miro á nuestra infortunada patria objeto de mofa de sus enemigos y que á sus amigos solo inspira compasión..... mi corazón de español se subleva, mi alma cristiana se siente atribulada, el celo de mi misión apostólica me consume y quisiera cubrir mi cabeza de ceniza, ceñir

de cilicio mi cuerpo, cargar sobre mis hombros pesadas cadenas y, como Jeremías recorría las calles de la arruinada Jerusalem, recorrer las calles y las plazas de vuestra Ciudad, gritando con ronco acento como aquel Profeta del dolor y del llanto: ¡España! ¡España! ¡Desventurada patria mía! Pobre Belisario ciego que vas pidiendo limosna despues de haber vencido á los ejércitos de todo el mundo! ¡Vuelve, vuelve á la Fé de tus mayores, que en ella encontrarás, como ellos encontraron, valor y fuerzas para dominar el mundo, virtudes para conquistar el Cielo.

Q. O. D.



